

otras, en el equinoccio de primavera, donde cientos de visitantes vestidos de blanco elevan las manos con el objetivo de “tomar energía del cosmos”. Se observa a los danzantes “aztecas” con vestimentas blancas y diademas rojas que ejecutan sus bailes al ritmo de tambores, en una formación circular, y realizan limpias dentro de un ambiente esotérico creado por el humo del copal y el sonido de los caracoles marinos. Entre los danzantes de mayor jerarquía y descendientes de indios otomíes evangelizados en el siglo XVI, figuran integrantes de la familia Aguilar y de la de don Manuel Rodríguez, que participan en rituales prehispánicos para “cargarse de energía” en el equinoccio de primavera en la zona arqueológica del Cerrito y en Peña de Bernal, en Querétaro (Bohórquez, 2008b).

Lo relevante de la aportación de Moedano es que logra vislumbrar el desarrollo de nuevos nativismos, observables ya desde la década de los setenta entre los danzantes, y atinadamente considera que está frente a un proceso mayor, pues en ciertos sectores se recrea y reformula la danza al entroncarse en la cosmovisión místico-guerrera del mundo náhuatl:

Sin embargo, recientemente, tanto entre algunos miembros como noveles investigadores que se han acercado a la danza, ha tomado fuerza una corriente que trata de fundamentar la suposición que los hace herederos directos de las danzas aztecas y por lo tanto de la correspondiente cosmovisión místico-guerrera. Así encontramos artículos titulados “Continuidad de la tradición filosófica náhuatl en las danzas de concheros” o bien “Así se perdieron los cantos en náhuatl: María Anzures. Grupos mexicas mistificaron